

## **Socialdemocracia renovada.**

**Asumir como objetivo primero de la socialdemocracia el de garantizar el triunfo de la política democrática.**

La caída del Muro de Berlín en 1989 fue interpretada como el triunfo de la democracia como único régimen político legitimado.

La tercera oleada democratizadora, con transiciones exitosas desde los años 70 en el sur de Europa, en los 80 en América del Sur, y en el este de Europa en los 90, la inexistencia de una ideología global que se le contrapusiera y tratara de impugnarla, tal como habían supuesto los totalitarismos fascistas y comunistas de la época de entreguerras, permitió proclamar a finales del S. XX que la democracia pluralista liberal se había impuesto de manera definitiva.

Casi un cuarto de siglo después esa afirmación está en duda creciente y debe ser revisada.

En un mundo globalizado y ferozmente competitivo, en medio de una crisis de gran intensidad como la desencadenada desde 2008, en la que países cultural y políticamente tan distintos de nuestro modelo están obteniendo buenos resultados cuantitativos, estamos viendo crecer el riesgo de que prospere la creencia de que los regímenes no sometidos a consentimiento ciudadano, férreamente organizados, con capacidad central en la toma de decisiones, e inmediatez de aplicación de las mismas sin atender a consideraciones de diálogo, negociación e integración política con los actores sociales, son más eficaces para enfrentarse a los retos de la nueva realidad.

Sabemos por la historia a donde conducen esos riesgos y tenemos que movilizarnos frente a ellos.

En una Europa en medio de la crisis, sometida al miedo y a la incertidumbre, el afloramiento de partidos populistas, extremistas, xenófobos y eurofóbicos no son ya excepciones coloristas en países de escasa tradición democrática.

Han surgido en escenarios con larga historia de integración política y social, con un pasado ejemplar en la aceptación de la inmigración y de refugiados políticos, escenarios habituales de gobiernos de coalición entre fuerzas democráticas moderadas de orientación ideológica distinta. Hoy marcan y escoran la agenda de gobiernos en los que han acabado integrándose. Hablamos del centro mismo de Europa.

Han crecido hasta convertirse en piezas para conformar la mayoría en países de larga hegemonía socialdemócrata, pioneros en el establecimiento de las políticas de bienestar. Hablamos del norte de Europa.

Han llegado al poder, y promueven y aprueban constituciones o leyes difícilmente compatibles con los principios, valores y normas que rigen la UE de la que forman parte, eliminan derechos, imponen autoritariamente una

mayoría electoral y persiguen al oponente político. Hablamos del Este de Europa.

En esa misma Europa zarandeada por la crisis, gobiernos democráticamente elegidos han sido sustituidos por fórmulas tecnocráticas, bajo la consideración de que se necesitan manos libres respecto de instituciones y procesos para responder a una situación de emergencia.

No es algo nuevo en el campo de la ideología. Lo vivimos en los años 60, el periodo de brillo tecnocrático en el que se predicó la convergencia de las ideologías primero, y el fin de las ideologías después.

Pero si es nuevo en el campo de la dirección política. No es lo mismo definirse como tecnócrata, pero competir democráticamente por llegar al poder, que recibir el poder sin competir por atribuirse, como tecnócrata una posición menos discutida o menos divisiva que la política.

En definitiva, la que puede encaminarse a una situación de emergencia es la democracia misma. Porque más que haber triunfado y haberse expandido la democracia, lo que ha triunfado y se ha expandido es simplemente el mercado. En muchas áreas del mundo, que abarcan a miles de millones de personas, se ha consolidado un libre mercado sin democracia.

En las más desarrolladas, la ideología neoliberal ha cebado ese proceso bajo la premisa de que el mercado ofrece y distribuye oportunidades, la política estorba, la desregulación es un paradigma, la intervención pública es un obstáculo a la libertad, la democracia es costosa e ineficiente. En esas áreas, entre ellas la nuestra, se están imponiendo los mercados a la democracia. Se imponen en la orientación de las políticas económicas y sociales, y su imposición llega al ámbito de las reformas institucionales.

Una tarea fundamental de presente y futuro para la socialdemocracia es la recuperación de la democracia como eje vertebrador de las decisiones políticas.

Una parte decisiva de la renovación del proyecto socialdemócrata consiste en hacer que la democracia se imponga, que nadie gobierne sobre las necesidades y aspiraciones de los ciudadanos sin haber sido directamente legitimados por éstos, que la organización de la vida colectiva esté en manos de las instituciones que representan a la gente, hacer verdad que la primera y la última palabra corresponde al pueblo del que surge todo poder, como por ejemplo, proclama nuestra constitución.

Sin hegemonía de la democracia no hay propiamente política, y sin política, sin capacidad para decidir entre opciones distintas atendiendo a la voluntad popular, sin poder para defender la primacía de los intereses de la mayoría, no puede haber fortaleza socialdemócrata.

Conviene repetir algo que no siempre se comprende del todo: la política es lo que permite resolver los problemas de quienes no tienen la posibilidad de resolverlos por sí mismos.

**Combatir con firmeza la falsedad de que las políticas socialdemócratas sean hoy la prosa común de todos los partidos democráticos occidentales.**

Quienes afirman eso lo presentan como un elogio a las políticas socialdemócratas, pero esconden su verdadera intención de situarlas en el pasado.

De la misma manera que hace unas décadas se predicaba la existencia de una confluencia de las ideologías, para concluir en la muerte o el declive de cada una de ellas en particular, quienes ahora afirman la ubicuidad y la generalización de las señas de identidad socialdemócrata, concluyen en que, por ser ahora las de todos, han dejado ya de ser necesarias y carecen, por tanto, de futuro.

El objetivo último es la desmovilización en torno a una concepción de la vida social y a unas propuestas específicas para transformarla.

No se trata solo de cinismo, sino de ocultamiento flagrante de la realidad. Los datos muestran inequívocamente los distintos efectos de las políticas llevadas a cabo por gobiernos conservadores y por gobiernos progresistas.

Muestran que lo que realmente cuenta no es la dimensión del gasto público, sino como se obtienen los ingresos y cómo se reparten los gastos. Demuestran la recomposición del esfuerzo fiscal a favor de las rentas más altas, y el retroceso en la equidad en los gobiernos neoliberales de los 80 y 90, en contraste con los avances en la igualdad de oportunidades en los gobiernos socialdemócratas. Muestran en aquellos casos el abandono de los bienes públicos para abrir campo a los proyectos de negocios privados.

Demuestran el desmantelamiento de las políticas de protección en el primer caso y el crecimiento y ampliación de las mismas en el segundo.

Eso es particularmente evidente en nuestro caso. No hay más que analizar objetivamente el contenido de las políticas de unos y otros gobiernos en periodos de crecimiento económico y su impacto sobre la mayor o menor cohesión social y territorial.

No hay más que comprobar las medidas tomadas por gobiernos de CC. AA y las que empiezan a aflorar por parte del Gobierno de la nación.

La socialdemocracia es un proyecto integral, en el que no se pueden coger piezas sueltas, aisladas a conveniencia, e intercambiarlas sin que se desfigure el sentido último del proyecto.

Los socialdemócratas tenemos que denunciar firme y constantemente ese intento de camuflaje ideológico de que todos somos, de alguna forma, en cierto modo, por algún tiempo, en algún campo, socialdemócratas. Tenemos que combatir con argumentos ese falsario intento de absorción.

Esa es una tarea que tiene que asumir el partido, en defensa propia y en defensa de los contenidos de las políticas que defendemos

### **Orientar la socialdemocracia a las condiciones de la globalización.**

En este campo tenemos dos tareas por delante.

En primer lugar combatir la idea de que se ha acabado el ciclo de los gobiernos socialdemócratas, de que el propio proyecto socialdemócrata está en decadencia irreversible.

En segundo lugar, asumir que las condiciones globales han cambiado de tal manera que no podemos quedarnos estancados y conformados con la creencia de que nuestras políticas continuarán teniendo la oportunidad de ponerse en práctica por la mera alternancia asociada a la caducidad de los ciclos.

La realidad vuelve a mostrar la falsedad de que se haya instaurado un ciclo indefinido de hegemonía conservadora, como tampoco lo era, como hemos podido comprobar dramáticamente, que había acabado el ciclo de las crisis económicas.

Cierto que el número de gobiernos socialistas europeos ha disminuido drásticamente desde 2000, año de la Estrategia de Lisboa, en la que la gran mayoría de quienes entonces formaban la Unión estaba de nuestro lado (no por cierto, en España, cuyo gobierno acababa de obtener su primera mayoría absoluta), y cierto también que en el periodo más reciente hemos perdido los tres gobiernos de la Europa del sur.

Pero también lo es que los demócratas estadounidenses ganaron las elecciones hace tres años, que los socialistas irlandeses y finlandeses han entrado en gobiernos plurales, que los daneses han ganado sus elecciones y que las perspectivas son alentadoras en Francia y Alemania.

En poco más de un año podríamos estar ante un panorama de reparto de poder en el seno de la Unión bien distinto al actual y mucho más equilibrado.

Eso cambiaría las oportunidades de poner en marcha muchas de nuestras propuestas sobre el control del capitalismo financiero, las políticas de crecimiento y empleo, las inversiones con eurobonos, la propia concepción de la unión política, etc. Y eso cambiaría también la posición relativa de fuerza de nuestro partido.

Pero nada sería más arriesgado ni paralizador para la socialdemocracia que poner su confianza en el deterioro de los actuales gobiernos conservadores. Nuestro futuro no reside en lo que seamos capaces de aprovechar de su desgaste en el corto o medio plazo, sino en nuestra capacidad para modular ese futuro. No se basará en nuestra resistencia, sino en nuestra creatividad.

La realidad ha cambiado y cambia en nuestro entorno impulsada por el cambio global. Lo hace en la producción, en las exigencias tecnológicas, en la organización del trabajo y la configuración del empleo, en las relaciones sociales, en la manera de informarse y comunicarse, en las aspiraciones de la

gente, en las formas culturales, en la conexión de los ciudadanos con la política. Y es a todo eso, a todos esos cambios a los que la socialdemocracia tiene que dar una respuesta propia.

Nuestro partido tiene que embarcarse en un proceso de reflexión de fondo sobre todo ello para conectarse con las aspiraciones de la gente y dar respuesta a sus demandas e inquietudes. También a sus miedos.

Son las respuestas las que siembran nuestro futuro y no la espera a que nos toque otra vez el turno. Son los ciudadanos al tiempo que nuestras propias dinámicas organizativas las que nos volverán a dar la confianza de la mayoría.

### **La Socialdemocracia contiene un proyecto general para la sociedad.**

Una tarea fundamental por delante es desmontar el argumento, que la derecha ha conseguido arraigar en buena medida, de que los socialdemócratas se concentran en el reparto mientras que los conservadores lo hacen en el crecimiento. Más aún, que, al centrarse en el reparto, debilitan el crecimiento.

Ninguna de las dos afirmaciones es cierta, y los datos lo demuestran fehacientemente aquí y fuera de aquí.

Los mejores resultados económicos en la Europa de la crisis los están obteniendo los países con mayor integración política y mayor cobertura social.

Los gobiernos socialistas españoles han proporcionado la mayoría de los periodos de fuerte crecimiento al mismo tiempo que creaban o expandían las políticas de bienestar.

Así lo acredita el periodo entre mitad de los 80 y principios de los 90, donde la gratuidad y extensión de la enseñanza, la universalidad de la sanidad, la seguridad de las pensiones y una auténtica revolución de las infraestructuras, no solamente fueron compatibles con un fuerte crecimiento, sino que fueron resultado y, a la vez, impulso del mismo.

Así lo acredita el periodo entre 2004 y 2007, donde los mejores años económicos en la década coinciden con la progresión del salario mínimo, el crecimiento de las pensiones mínimas, la creación del derecho a la atención a la dependencia y otra nueva generación de infraestructuras.

Lo que es indiscutible es que, con los gobiernos socialistas, ha habido fuerte crecimiento, y que cuando ha habido crecimiento ha habido redistribución.

Lo que es discutible es que la derecha, no habiendo gobernado nunca en crisis, haya hecho crecer más a la economía española, pero sí es cierto que, cuando ha crecido, no ha habido distribución equiparable.

Por otra parte, cada vez hay más evidencia empírica y sustento teórico de que el crecimiento es más potente, sostenido y sostenible, cuando se produce manteniendo o incrementando la cohesión social.

La desigualdad no es solo injusta, sino que es menos productiva que la igualdad. Las sociedades que crecen son las que avanzan juntas.

Las sociedades que avanzan, las que están dando mejor respuesta a la crisis son las que sostienen su crecimiento en la economía productiva. Tenemos que explicar que la socialdemocracia ha sido y es una forma social de organizar la economía productiva.

Tenemos que denunciar que la crisis que padecemos tiene su raíz remota en la progresiva sustitución de la economía productiva por la financiera, y su origen inmediato en el desorden provocado por los valores, la lógica y el comportamiento de los actores principales de esa economía financiera.

Tenemos un proyecto económico alternativo al que la derecha está imponiendo en toda Europa. Es un proyecto que ya están defendiendo partidos socialdemócratas con gran posibilidad de acceder al poder. Un proyecto que compartimos con ellos.

Un proyecto para la economía productiva, basada en el conocimiento, en la innovación; capaz de generar empleo de calidad; con una orientación sostenible; que otorga un relevante papel al sector público; apoyado en una nueva cultura de la fiscalidad.

No avanzaremos si no somos competitivos. Si no crecemos en productividad no seremos socialmente eficaces. Pero podemos definir y mejorar la productividad desde una perspectiva progresista, con apuestas decididas sobre la formación y la investigación, apoyo a sectores dinámicos y emergentes, reformas modernizadoras, compromisos y diálogo social.

Tenemos que recuperar el camino que nos propusimos en 2000 con la Estrategia de Lisboa, de paternidad básicamente socialdemócrata: economía orientada al conocimiento y la sostenibilidad, educación, empleo de calidad, modelo social. Camino que se torció a partir de la llegada de la mayoría conservadora a las instituciones de la Unión, y que en buena medida se ha abandonado con la Estrategia 2020, débilmente comprometida con los aspectos sociales.

La crisis obliga a redefinir algunos instrumentos, pero no debe en ningún caso hacernos renunciar a aquellos objetivos. La competitividad no puede pasar por eliminar lo que nos ha hecho un referente mundial en economías avanzadas imbricadas en sociedades justas.

Si la derecha quiere aprovechar la crisis para hacernos creer que sólo podemos ganar empobreciéndonos, tenemos que ser contundentes al demostrar que esa carrera no lleva a ningún sitio, que siempre habrá países con costes laborales más bajos. Ese no es siquiera el camino a una victoria pírrica, es el camino a una derrota segura.

El camino socialdemócrata hacia la competitividad tiene que partir de la cultura del esfuerzo, la valoración del trabajo y el reconocimiento del mérito. Valorar al trabajador, al emprendedor, al empresario que apuesta por la calidad y la innovación para abrirse camino en los mercados mundiales. Tenemos que combatir desde sus propios cimientos la escala de valores que premia la

apuesta de casino, el enriquecimiento fácil, la especulación y el pelotazo improductivo.

Asumimos la necesidad de mantener la estabilidad fiscal. Pero la estabilidad fiscal tiene dos componentes, gastos e ingresos. Sobre ambos hay que actuar discriminando los gastos productivos de los que no lo son. Aumentando los impuestos que afectan a quienes más tienen y que no merman nuestras posibilidades de crecimiento. Luchando contra el fraude fiscal. Austeridad si, mejor control del gasto también, pero selección más equitativa de las prioridades en la austeridad, y fiscalidad mayor, más justa y más solidaria. Estabilidad fiscal sí, pero tiene que haber unos servicios sociales garantizados cualquiera que sea la coyuntura económica. Eso que algunos han definido como "suelo social".

Estamos asistiendo ya, en las primeras medidas del Gobierno, a una regresión en todo ello: rigor y austeridad para la dependencia y otras medidas sociales; abandono de la I+D+i; incentivos al modelo económico inmobiliario; impuestos que gravan las rentas del trabajo y que olvidan que las grandes fortunas se esconden en el impuesto de sociedades; recortes reales a los pensionistas por medio de la imposición.

Una regresión sobre la que alertamos, que ellos ocultaron a los españoles y que debemos denunciar con determinación en las instituciones y en la sociedad.

Austeridad y rigor en el uso de los recursos públicos, si. Pero sin políticas para el crecimiento no habrá empleo, y sin lo uno ni lo otro, no habrá sostenibilidad fiscal, no controlaremos las deudas, no saldremos de la crisis, no habrá oportunidades para los jóvenes, se incrementará el desequilibrio territorial y perderemos cohesión social.

Por eso hemos propuesto que los países que, en el seno de la Unión, están haciendo esfuerzos mayores para la consolidación de las cuentas deben contar con una mayor flexibilidad en el ritmo para alcanzarla. Por eso proponemos que en paralelo se pongan en marcha o se apoyen políticas ambiciosas de impulso económico. El PSOE tiene que implicarse decididamente en esa orientación, tanto en el ámbito español como en el europeo. Y hacerlo desde este mismo momento. Tenemos que defender nuestras propuestas para una salida justa de la crisis. Es el principal problema de los españoles. Y, por ello, nuestra máxima preocupación.

No solo tenemos que combatir las políticas de extremo e injusto rigor, sino también sus consecuencias sociales. Si tenemos que arrebatarnos a la derecha la falaz pretensión de que gobiernan mejor la economía para el crecimiento, tenemos que combatirla con firmeza por los ataques a las políticas de bienestar, la más clara seña de identidad de los socialistas.

Tenemos que defender, y hacerlo con contundencia, la fortaleza y la garantía de la sanidad pública universal, la extensión de la educación pública de calidad, el mantenimiento sin recortes de la prestación por desempleo, la seguridad en las pensiones, la atención a las personas dependientes, el progreso de la igualdad, el modelo de diálogo y negociación.

Pero también tenemos que innovar para reformar en el futuro. Reformar sin retroceder. Adaptarnos a los cambios. O nos adaptamos a los cambios, basándonos en nuestros valores, o los cambios nos apartarán a nosotros.

Tenemos que imaginar una mejor combinación entre protección y activación, generar más instrumentos de prevención que de reparación. Tenemos que interpretar mejor la complejidad y la diversificación de nuestra sociedad, poner en duda muchos estereotipos, comunicarnos mejor con la gente para conocer con mayor profundidad sus necesidades y sus aspiraciones.

Pero el proyecto socialdemócrata va más allá de la vertiente estrictamente económica o de prestación. Por supuesto que requiere políticas públicas, gasto público, empeño social, fiscalidad. Pero es en su origen, y sobre todo, un proyecto moral de orden social, y contiene una determinada concepción de la condición humana.

Una condición basada en la libertad, y plenamente consciente de que la libertad no es plenamente posible con desigualdad, que la libertad de unos no puede darse moralmente a costa de la desigualdad de otros.

Una concepción muy distante del modelo conservador del individualismo posesivo y del egoísmo competitivo. Una concepción que no concibe al individuo fuera del proyecto social colectivo y que pone el acento en las oportunidades compartidas, en la cooperación y en la solidaridad.

Ese es nuestro modelo, pero llevarlo a la práctica hoy requiere adaptarse a los cambios profundos en la realidad y en las percepciones sociales. Unas sociedades cada vez más diversas, con escalas de valores más complejas, estructuras familiares más variadas, organización del trabajo más fragmentada, culturas más mezcladas, formas de comunicación más directas y plurales.

Hemos afirmado muchas veces que somos el partido que más se parece a España. Hemos de poner ahora nuestro objetivo en ser el partido que más se parece a nuestra sociedad. Y hemos de trabajar intensamente para que la sociedad se oriente más en los principios que defendemos como partido.

### **Derechos individuales que cambian las relaciones sociales.**

El reconocimiento de los derechos sociales, un gran paso más allá de los derechos individuales y de las libertades públicas, figura en el activo de la socialdemocracia.

Ese es aún más claramente el caso de España; ningún gran derecho colectivo, sea la gratuidad y extensión de la enseñanza, la universalización de la sanidad, las pensiones no contributivas, la atención a la dependencia, etc, ha sido reconocido por otro gobierno que no fuera socialista.

Pero también figura en nuestro mejor activo el reconocimiento de derechos individuales que transforman las relaciones sociales.

Cuando reconocemos y regulamos el derecho a la igualdad estamos cambiando las relaciones laborales, la estructura familiar, las condiciones de la maternidad, la participación en las decisiones políticas.

Cuando reconocemos el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo, no solo estamos dignificando una relación personal, sino cambiando los valores dominantes y excluyentes de nuestra sociedad.

Cuando reconocemos el derecho a la atención a la dependencia estamos liberando también las aspiraciones y las energías, las oportunidades de las estructuras familiares de protección.

La socialdemocracia debe comprometerse con el progresivo reconocimiento de nuevos derechos, medioambientales, culturales, políticos, en el seno de las empresas, etc.

Derechos que disfruten individualmente los ciudadanos, pero que a la vez transformen la realidad social.

### **Democracia con adjetivos.**

Uno de los grandes argumentos que llevaron a proclamar el triunfo de la democracia a finales del siglo pasado fue que esa democracia triunfante, la pluralista liberal, se había librado de los adjetivos, es decir que habían desaparecido los acompañamientos desde lados opuestos del espectro ideológico, tales como orgánica o popular, en ambos casos autoritarios.

Ante la falta de enemigo del que defenderse y protegerse, el conformismo con el funcionamiento de los sistemas democráticos, que caracterizó buena parte de la postguerra mundial, empezó a quebrarse y surgieron crecientes demandas de una mayor calidad de la democracia, recuperando la ambición de protagonismo ciudadano que alentaron los movimientos de los años 60.

Hoy necesitamos a la democracia con adjetivos. Adjetivos tales como participativa, deliberativa, asociativa, cosmopolita.

Hay que enriquecer a la democracia representativa, no sustituirla; fundarse sobre ella, pero perfeccionarla.

Acercar los ciudadanos a las instituciones, sumarlos a ellas, darles voz directa en la solución de muchos problemas, ensanchar los cauces de debate y discusión, apoyar el fortalecimiento organizativo cívico, incrementar el capital social, adquirir una dimensión supranacional.

Una tarea fundamental para la socialdemocracia ha de ser recuperar la vitalidad democrática, promover y recibir el impulso de la energía cívica, contribuir a situar a los ciudadanos en el centro mismo de los procesos de diseño, elaboración, aprobación y ejecución de las decisiones públicas.

La vitalidad democrática constituye un objetivo integral, que abarca a todos los niveles de la acción pública, desde lo local a lo global, desde lo institucional a lo civil. El papel de la socialdemocracia debe contribuir a esa integralidad, evitando los espacios ciegos por los que se influyen o se marcan las decisiones y por los que se elude la fiscalización y la responsabilidad.

A la vez la socialdemocracia debe asumir el perfeccionamiento de la propia democracia representativa, y lo debe hacer desde una perspectiva sistémica.

Perfeccionamiento desde el origen mismo de la legitimidad, facilitando una intervención más directa y más decisiva de los electores en la elección de sus representantes, estableciendo mecanismos imperativos de fiscalización, rendición de cuentas y responsabilidad de éstos, exigiendo apertura y transparencia a los partidos políticos en su funcionamiento interno, obligando a una clara rendición de cuentas de su financiación, penalizando políticamente los comportamientos irregulares, impidiendo el transfuguismo.

Perfeccionamiento en el funcionamiento interno de las instituciones, empezando por la que representa directamente la soberanía popular, con reformas reglamentarias que aseguren con rigor el cumplimiento de los deberes de los representantes, que permitan un mayor control político y parlamentario por parte de las minorías, una mayor y más eficaz fiscalización de la acción del gobierno, que incorporen la participación de ciudadanos, expertos y organizaciones en el proceso legislativo.

Perfeccionamiento en la exigencia de transparencia, rendición de cuentas y explicación continuada de la actuación del gobierno.

Perfeccionamiento en la provisión de justicia. Una justicia más rápida, y, sobre todo, una justicia más “justa”, más eficaz, más independiente y menos corporativa, menos condicionada por la distinta capacidad de quienes la demandan.

### **La socialdemocracia debe asumir la responsabilidad de volver a dar un impulso político a la construcción europea.**

La construcción europea ha avanzado en torno a un largo consenso entre las fuerzas socialdemócratas, los liberales y los conservadores democristianos. A ello se han ido añadiendo otras fuerzas a medida que la representación política se hacía más pluralista en muchos países.

Pero ese consenso hace tiempo que ha quebrado. Entre los liberales han crecido con fuerza los fundamentalistas del libre mercado, y los conservadores se han escorado a políticas más regresivas, con menos contenido social, y menos comprometidas con la orientación federalista europea, con la ambición de una auténtica unión política.

Corresponde a la socialdemocracia asumir de nuevo la gran tarea de empujar en la construcción europea. La socialdemocracia exhibe hoy en todas partes su seña de identidad europeísta, y defiende con vigor que todas las políticas se producen en el seno de un marco común, de una moneda compartida, de un

mercado único y abierto, como parte de un espacio económico compartido que actúa en un mundo globalizado.

La socialdemocracia está mostrando, a la vez, que hay otra manera de gobernar Europa, otra ordenación de prioridades, otra estrategia para conseguir objetivos necesarios para afrontar la crisis hoy y avanzar hacia el futuro.

La socialdemocracia está defendiendo la primacía de los intereses generales en la Unión frente a las actuales tendencias a la renacionalización de las políticas; defendiendo las instituciones comunitarias frente a los meros acuerdos intergubernamentales; reclamando un papel activo del Banco Central Europeo en el crecimiento; proponiendo una agencia europea de deuda para emitir eurobonos; impulsando la tasa europea sobre las transacciones financieras; alentando una mayor integración fiscal; pidiendo mayores recursos y recursos propios para invertir en proyectos transnacionales.

Todos ellos son instrumentos no solo para salir de la crisis. Son piezas fundamentales para acabar de construir una verdadera Unión.

Solo una verdadera Unión, con legitimidad y control democráticos, con políticas dirigidas a mejorar la vida de la gente, podrá hacernos fuertes en el escenario global, podrá evitar la tendencia al proteccionismo, podrá enfrentarse a la tentación populista local.

No una Unión obsesionada exclusivamente en las restricciones y los castigos. Una Unión de propuestas positivas que sirvan para cerrar la brecha que la distancia cada día más de sus ciudadanos. Una Unión en la que la Europa Social tenga la misma o mayor fuerza que la del mercado único.

A esa gran tarea de los socialdemócratas europeos tenemos que sumarnos activamente desde el partido. El PSOE tiene que desarrollar un papel relevante en el fortalecimiento del Partido de los Socialistas Europeos.

La respuesta a la crisis en el ámbito de la Unión Europea ha estado marcada por la imposición de una política de raíz exclusivamente conservadora,

La escasez de gobiernos socialdemócratas ha debilitado extraordinariamente la capacidad de propuesta alternativa y de resistencia activa a esa política por parte de los socialdemócratas.

La única manera de hacerle frente es a través de la acción coordinada, en torno a una estrategia común, por parte de los partidos socialdemócratas europeos. Una estrategia que, entre otros objetivos, debería ser capaz de proponer un candidato común a presidir la Comisión Europea en las próximas elecciones al Parlamento Europeo en 2014.

Hay que superar la fase actual de articulación del PSE, comprometer de manera firme a los partidos que la conformamos a actuar conjuntamente, para defender en el ámbito de la Unión las políticas que proponemos defender en el ámbito nacional. El PSOE está en disposición de ser una pieza fundamental en esa articulación y debe comprometerse con ese objetivo.

De igual manera, el PSOE debe contribuir a la revitalización de la Internacional Socialista y a su conversión en una organización realmente operativa. Buena parte de la pervivencia del modelo socialdemócrata se juega fuera de nuestras fronteras.

La gran batalla a la que nos enfrentamos es la de asegurar un papel para Europa y España en un mundo en el que se está librando una lucha decisiva entre nuestro modelo social, que combina crecimiento con distribución y solidaridad, libertades civiles y derechos sociales, participación, democracia y rendición de cuentas, o la supremacía de otro, que en nombre de la productividad, carece de casi todo ello y se extiende ampliamente entre las nuevas potencias económicas con las que hemos de competir.

En esa gran batalla se dirime no sólo nuestro lugar en la economía mundial, es decir nuestro bienestar, sino el futuro de nuestros valores, de nuestros principios.

Si no somos capaces de actuar coordinadamente para que las grandes economías emergentes incorporen derechos laborales, protección social, políticas de bienestar, ni nosotros seremos capaces de competir en esas condiciones ni miles de millones de seres humanos podrán vivir con dignidad.

Si no somos capaces de luchar juntos para que respeten libertades civiles y derechos políticos, el modelo democrático entrará en riesgo en nuestro propio campo, donde ya afloran fervorosos defensores de la eficacia de los gobiernos autoritarios.

La socialdemocracia tiene un arduo trabajo por delante para conseguir que las reglas de la OIT se apliquen, siquiera sea progresivamente pero con rapidez, en todas partes del mundo, para enriquecer la vertiente social en las reglas y los acuerdos de la Organización Mundial de Comercio, para defender el respeto a las Convenciones internacionales de derechos humanos.

### **Volver a competir con pasión en el debate y la construcción ideológica.**

La revitalización y renovación del proyecto socialdemócrata en nuestro entorno geográfico y político requiere recuperar la pasión por la reflexión, el debate, la creatividad y la construcción ideológica.

La socialdemocracia contiene una propuesta global, con vocación de concreción universal, pero como opción de gobierno y como modelo implantado ha concentrado primordialmente su realidad efectiva en el ámbito europeo.

Es aquí y en ese ámbito europeo donde tenemos que ir más allá del pragmatismo, mirar más allá de la eficacia de nuestra gestión, discutir que la hegemonía del mercado se algo inapelable, rechazar que solo haya una o determinadas políticas posibles.

Tenemos que combatir la forma de globalización teorizada y predicada por las terminales ideológicas neoliberales a lo largo de más de 30 años, una forma

acorde en lo económico con sus postulados desregulatorios, de reducción progresiva del marco social, arrinconamiento y deslegitimación de la política, y debilitamiento de las instituciones capaces de poder ordenar una gobernabilidad regional o mundial.

No podemos conformarnos con introducir correcciones a esa forma de globalización, aunque sean correcciones necesarias que mejoran la vida de la gente.

Tenemos que conformar una construcción alternativa propia, que no solo proporcione bienestar general, ataque la desigualdad de oportunidades y garantice prestaciones en periodos de crecimiento, sino que en los tiempos de grave crisis como la actual sea percibida por los ciudadanos como una alternativa creíble, una alternativa general susceptible de ser llevada a la práctica si contamos con el apoyo social necesario.

Tenemos que potenciar la reflexión crítica, acercarnos y ser parte de quienes perciben con anticipación los cambios en la realidad, quienes proyectan su mirada a más largo plazo que los cortos periodos de una gestión. Trabajar el nervio del pensamiento.

La renovación socialdemócrata requiere volver a idear la sociedad, volver a poner en el horizonte el tipo de vida colectiva que ambicionamos, reflexionar sobre cómo avanzar hacia ese horizonte y creer en las posibilidades de acercarnos al mismo.

Principios, valores, concepción ideológica, propuestas de acción, eficacia de gestión. Todo a la vez.

La renovación socialdemócrata requiere pensar, construir, estar preparados y dispuestos a confrontar ideológicamente, volver a pelear por la hegemonía cultural. Requiere ser creativos en nuestras formulaciones y fundamentar nuestras propuestas en un relato propio.

Requiere disputar a la derecha el campo del pensamiento, desvelar las trampas de su discurso, las debilidades de sus análisis, las falacias de sus presupuestos, denunciar la trastienda de intereses que hay al otro lado de sus argumentos.

Eso no puede hacerse con un partido cerrado, sino que exige un partido abierto, receptivo al pensamiento crítico, engarzado en los centros de producción de ideas. Un partido de análisis y propuestas en el que cuente mucho los que están fuera.

### **PSOE, el partido de gobierno de todos los progresistas.**

La experiencia del periodo democrático de más de tres décadas muestra con claridad que la mayoría progresista de la sociedad española, una mayoría que siguen mostrando los estudios de opinión, la combinación de simpatía o rechazo a las distintas fuerzas políticas, y la propia auto-ubicación de los ciudadanos en el espectro ideológico, solo alcanza el gobierno cuando el PSOE está en una situación de fortaleza política y organizativa.

Desde 1993, los socialistas hemos ganado tres elecciones generales, ninguna de ellas con mayoría absoluta. El PP ha ganado otras tres, dos de ellas con amplia mayoría absoluta. En los tres casos, la derecha ha mantenido un número de votos prácticamente estable. Lo que ha decidido el resultado final en el total de las seis elecciones ha sido el comportamiento del electorado que no vota al PP.

La experiencia acumulada muestra que solo se pueden formar gobiernos de progreso en torno al PSOE, pero que, además, esa posibilidad solo resulta viable cuando el propio PSOE está fuerte y concentra en sí mismo el apoyo electoral.

El partido debe trabajar abiertamente en todos los segmentos sociales, en todos los territorios, en todas las cohortes generacionales, en todos los espacios y ámbitos de reivindicación, para conseguir volver a agrupar a esa mayoría electoral potencial. Y debe sostener y argumentar, con una política volcada a la integración, que la pluralidad es enriquecedora, pero la fragmentación nos debilita.